

entrarse en la Compañía de su divino Hijo; poníase ante los ojos la magnanimidad y fortaleza con que el santo Duque de Gandía, Francisco de Borja, había descendido desde las más sublimes cumbres de la grandeza humana á la oscura humildad y pobreza de la profesion religiosa en la misma Compañía, entonces recién fundada.

Deseoso, pues, de conocer si era voluntad del cielo que tambien él, siguiendo las huellas de estos heroicos despreciadores del mundo y sus vanidades, se alistase por soldado de la misma sagrada milicia, imploraba por su mediacion las luces de lo alto. Así lo testifica su maestro el P. Moreno. «Encomendábase mucho,» dice, «á imitacion de San Luis Gonzaga, á Nuestra Señora del Buen Consejo: proponíase la admirable vocacion del Santo y el menosprecio con que miró las cosas del mundo: consideraba igualmente la vocacion á la Compañía de Jesús de San Francisco de Borja: y el ejemplo de estos dos Santos, sus parientes, le atraía con suavidad á su imitacion.»

No pasaban estas cosas en el corazon del jóven educando tan escondidas, que no se le trasluciese algo en lo exterior. Andaba ensimismado y más pensativo de lo que solía; menudeaban más sus visitas al Señor Sacramentado; sus oraciones eran más frecuentes y fervorosas; las lecturas de vidas de Santos más continuas y pausadas, aunque sin aflojar un punto en el estudio de las letras, que consideraba como una de sus más principales obligaciones. Notó este cambio el P. Moreno: adivinó que algo extraordinario pasaba en el fondo de su espíritu, y el mismo empeño que ponía su discípulo en disimular aquella lucha intestina, obligó al maestro á sondear su ánimo para ayudarle con su direccion y sus consejos paternas.

No poco sorprendido quedó el Padre al oír de boca de José la causa de su perturbacion; tanto más, cuanto que la gravedad y madurez de su discípulo tan superiores á sus pocos años, no le permitía sospechar que todo fuese mera veleidad ó pasajero fervor, que pronto hubiese de desvanecerse. Ordenóle que á ningun compañero descubriese lo que le pasaba, que solo á

su confesor lo comunicase, y que encomendara el negocio á Dios, pidiéndole le manifestase su santísima voluntad: por lo demás, que prosiguiese en sus estudios con el mismo teson y constancia que hasta entonces. Obedeció el dócil alumno á los consejos de su ayo, y entabló un género de vida, que en nada desdijese del que deseaba abrazar; antes bien fuese como un remedo de él y una preparacion para cuando le fuese concedido tomarlo.

La vocacion del jóven Pignatelli á la Compañía coincidió con un hecho digno de consideracion. Era por aquel tiempo confesor del rey Fernando VI el P. Rávago de la Compañía. Este fue uno de los primeros que fijaron la atencion en la francmasonería, que se propagaba secretamente en España, y expuso sus temores en un Memorial dirigido al Rey¹. «Este negocio de los francmasones» decía, «no es cosa de burla ó bagatela, sino de gravísima importancia..... Casi todas las herejias han comenzado por juntas y conventículos secretos..... Debajo de esas apariencias ridículas se oculta tanto fuego, que puede, cuando reviente, abrasar á Europa y trastornar la religion y el estado.» Al rey le hicieron fuerza estas razones; y en 2 de Julio de 1751 expidió desde Aranjuez un decreto contra «la invencion de los francmasones,» que excitó contra el confesor las iras de todos ellos, mayormente del embajador inglés, Sir Benjamin Keene, el más interesado en la propagacion de la secta. Pero volvamos á nuestro José.

Uno de los jóvenes más ejemplares entre sus discípulos, igual en edad á José, no menos que en los estudios, y el primero que le fue señalado para asociarse con él en los días de asueto ya en casa ya en el campo, tenía tambien vocacion para la Compañía. Habíasele inculcado que observase silencio absoluto acerca de este particular con sus condiscípulos, y mayormente con los hermanos Pignatelli, cuando con ellos se juntase. Este jóven era el ya citado D. José Doz. Fue efectivamente tan reservado en

¹ MENÉNDEZ PELAYO, *Heterodoxos*, Lib. I, §. VII.

todo el tiempo que trató con los dos hermanos, de los cuales, y en particular de José, era querido en gran manera, que jamás les dio el menor indicio, del cual ellos pudiesen entender algo de lo que en su interior pasaba. Era el mes de Noviembre del año 1752, cuando Doz, vencidas todas las dificultades y suficientemente probaba la solidez de su vocacion, recibió la fausta nueva de su admision en la Compañía y la patente del P. Provincial para pasar al noviciado que tenía la Provincia de Aragon en la ciudad de Tarragona. Antes de separarse Doz de su antiguo compañero, creyó indispensable cumplir con él los deberes que le imponía su amistad, y comunicarle su partida de Zaragoza y su entrada en la Compañía; y así lo hizo.

No es fácil explicar con palabras la sorpresa de José al oír á su amigo: quedóse inmóvil, como si le hubiese herido un rayo del cielo. Algo vuelto en sí, hablóle con tal entusiasmo del beneficio de la vocacion, mostró tanta envidia de la suerte que le había cabido, y desahogó con él su pena interior con tal encarecimiento de palabras y ternura de afectos, que puso en admiracion á Doz, y le hizo sospechar con grande fundamento que no era él solo el que hasta entonces había ocultado en su pecho el secreto de su vocacion, sino que otro tanto había hecho con él su amigo Pignatelli, como así era la verdad.

Despidiéronse por fin: salió Doz para Tarragona; y en el mismo mes de Noviembre de aquel año de 1752 comenzó su noviciado. La admision de su amigo decidió á José á dar al negocio de su vocacion todo el calor posible, creyendo que las circunstancias en que él se hallaba, eran las mismas que las de su compañero. La diferencia en la edad era de pocos meses; los estudios los mismos; en deseos de sacrificarse y ofrecerse al servicio de Dios no había quien, en su opinion, le hiciese ventaja. Armado con estas razones, se presenta á los Padres, suplicándoles encarecidamente que acorten plazos y no dilaten su admision en la Compañía, gracia la más estimable que le podían otorgar.

Ellos hasta entonces se habían mostrado casi diría fríos é indiferentes con él en este punto, deseosos de penetrar mejor y

afianzar más y más su constancia; pero al presente quisieron hacer prueba de la sinceridad de sus deseos y conocer si en verdad era de Dios su llamamiento á la Compañía. Para esto empezaron á proponerle un sin fin de dificultades y objeciones; describíale por menudo la dura y dificultosa carrera que entrando en la Compañía le era preciso acometer y continuar sin tregua y sin descanso hasta el último aliento.

Oigamos otra vez al P. Moreno cómo refiere las dificultades que se propusieron al fervoroso postulante¹. «Para probar su vocacion,» dice, «pusiéronle delante cuantas cosas difíciles podrían ofrecérsele, con el intento de que considerase maduramente la gracia y la virtud que le sería menester para superarlas. Desde el noviciado hasta el fin de la vida nunca ocioso, ocupado sin intermision en los ejercicios espirituales de la comunidad, en la continua aplicacion á los estudios, en el humilde ministerio de enseñar á los niños, en cárceles y hospitales entre la inmundicia y la hediondez, en misiones y peregrinaciones á pie mendigando de puerta en puerta; en púlpitos, en cátedras y en la asistencia de muchas horas en el confesonario escuchando á toda clase de personas, sabias, ignorantes, rudas.»

«Nada de esto le desalentaba: y hablando en particular de los hospitales afirmaba no sentir la menor dificultad en el servicio de los enfermos, como ni tampoco en perder su vida en la asistencia espiritual ó corporal de los que en ellos se recogen. Cuando acontecía proponerle el voto solemne de obediencia al Vicario de Jesucristo, con el cual se obligaría á ir á dilatar la fe por el mundo y á defenderla entre gentiles, herejes y cismáticos, respondía con grande espíritu, que confiaba en nuestro Señor que para todo le había de dar fuerza, y que el solo pensamiento de que el Hijo de Dios había sacrificado su vida en una cruz para redimirle y salvarle á él, le infundía aliento, entusiasmo y gozo para dar la suya por amor de tan buen Dios, por su gloria y por la salvacion de las almas.» Hasta aquí el P. Moreno.

¹ P. MOZON, *Vida*, Lib. I, Cap. 2.

Tales eran las sólidas y sublimes aspiraciones del fervoroso José al determinarse á abrazar la Compañía: aspiraciones, que bien á las claras manifiestan que su vocacion era resultado de reflexion madura y prolongada, y de íntima persuasion producida por particulares ilustraciones del Espíritu Santo, el cual ya desde aquellos principios arrojaba en el corazon de su siervo la celestial semilla de una virtud no ordinaria, que produjo más tarde los abundantes y sazonados frutos de una santidad heroica, como se irá diciendo. Así que no dudaba el P. Moreno en calificar la vocacion de su discípulo de «segura, examinada con toda diligencia, muy probada, y perfectamente constante.»

Para hacer de ella la última prueba, parece que se le mandaron practicar algunas de las cosas que podían serle en adelante más dificultosas, atendida la nobleza de su alcurnia: así me lo hace sospechar lo que escribe el P. Boero con relacion á este tiempo. «Consta además,» dice el citado biógrafo, «en los procesos, que por ejercicio de humildad y caridad para con su prójimo, solía visitar con frecuencia los hospitales, servir á los pobres enfermos y enseñar á los niños los primeros rudimentos de la doctrina cristiana: sobre lo cual,» continúa, «por no encontrar especificados en particular los hechos, tengo que contentarme con esta indicacion sola, como preludio de lo muchísimo que tendré que decir más adelante de este mismo asunto de su inagotable caridad para con el prójimo.» Hasta aquí el P. Boero.

Certificados los Padres de que era de Dios el llamamiento de José á la Compañía, dieron parte de negocio de tanta trascendencia á los hermanos del postulante, y en especial al conde D. Joaquin, que hacía con sus hermanos las veces de padre: y aunque no le sorprendió que á José tales principios le condujeran á tales fines; no pudo menos sin embargo de causar gran sentimiento á su corazon la idea de verse privado, tal vez para toda su vida, de la amable compañía de aquel hermano, á quien tan ardiente y puro cariño profesaba. Igual efecto produciría tal nueva en D. Vicente y D. Ramon: los cuales por una parte envidiarían la feliz suerte de su hermano, si bien por otra les acongojaba el

verle separado del seno de la familia. Antes de dar su consentimiento, juzgó prudente D. Joaquin cerciorarse por sí mismo de la verdad y solidez de la vocacion de José al estado religioso, cosa que pareció á los Padres muy razonable y justa. Hablóle una y otra vez llamándole la atencion sobre los bienes de que debía despojarse, así como sus directores le habían hecho considerar las dificultades que le sería preciso superar en la nueva vida que deseaba emprender.

Pintábale con vivos colores la nobleza de su nacimiento, la abundancia de sus riquezas, las conveniencias y comodidades de su casa, el esplendor de los honores á que podía aspirar, los entronques ventajosos á la familia, y otros mil regalos, de los cuales dueño de sí mismo, podría gozar lícitamente, pasando una vida alegre y sosegada. Decíale que el aceptar estos goces no se oponía en ninguna manera al divino beneplácito; pues no era nuevo en su misma estirpe el ejemplo de ilustres antepasados, que con loable concordia dieron á Dios y al mundo lo que á cada cual es debido; y en medio de los honores, y títulos, y preeminencias, conservaron, sin mengua su religion, su piedad, sus virtudes, y les supieron dar nuevo lustre y realce.

El cuadro de su porvenir se lo presentaba más seductor aún y más halagüeño. Proponíale la casa Pignatelli en el catálogo de las de grandeza en España y de gran nombradía fuera del reino, encumbrada con los cargos más importantes, y poseedora, como en herencia, de las más sublimes dignidades, así eclesiásticas, como militares y civiles. Presentábasele el primogénito conde de Fuentes poderoso en la corte y muy bien quisto con los que podían elevarle al grado más eminente, desde cuya alteza le era fácil allanar la senda á sus hermanos para subir tambien hasta donde pudiera aspirar la más noble ambicion. Por último se le llamaba la atencion acerca de los méritos de su propia persona y la aceptacion universal de que gozaba, como muy suficiente para ensalzarle y colmarle de honores sin ir á mendigar proteccion de antepasados famosos ó de hermanos influyentes.

Ninguna mella hacían en el corazon de José las halagüeñas

pinturas que de las grandezas del siglo le trazaba su hermano. El solo recuerdo de la brillante aureola de gloria que circuye las sienas de aquellos dos grandes despreciadores de las vanidades del mundo y sus favoritos modelos, San Luis Gonzaga y San Francisco de Borja, le deslumbraba para no ver en el esplendor de los honores más que tinieblas, y en la abundancia de regalos más que aflicción de espíritu, y en la posesión de ricos tesoros más que un manojo de punzantes espinas. Apenas podía darse á entender que su hermano hablase en serio cuando tales bagatelas, como él las reputaba, le proponía como bienes macizos, capaces de satisfacer el corazón del hombre bien nacido y cristiano.

Tomaba, pues, todas aquellas proposiciones como medios que empleaba para examinar los quilates de su vocación; examen que solo la prudencia le aconsejaba hacer, á fin de que nunca se viese tildado por parientes y amigos de haber procedido con ligereza y sin la debida consideración y madurez en un asunto de tanta importancia. Firme, pues, en su buen propósito, insistió en que no se le negase la autorización que solicitaba, y con lágrimas en los ojos le suplicaba que no le retardase por más tiempo el cumplimiento de sus tan ardientes deseos, sino que el diese grata licencia para seguir sin demora el divino llamamiento, en lo cual le daría la más evidente prueba del cariño fraternal que le profesaba. Temeroso de Dios como era el hermano del fervoroso joven, no se atrevió á poner obstáculos á la voluntad del Señor, que veía manifiesta; y así accedió á su demanda dándole el permiso para entrar en la Compañía en el tiempo que á los Superiores de ella pareciere más oportuno, encargándose además de obtener de Su Majestad el rey D. Fernando VI el regio permiso, que le fue benignamente otorgado por el monarca. Dióle humildes gracias el fervoroso José rebotando de júbilo su corazón al verse ya libre y expedito de todo humano impedimento que le pudiese estorbar ó retardar su tan ansiada admisión en la Compañía de Jesús.

Ya solo faltaba que los Superiores señalasen á José el día en

que hubiese de ponerse en camino para el noviciado de Tarra-gona. Determináronlo en efecto, dejándole algunos para que se despidiera de sus numerosos parientes y de sus amigos. Uno de los personajes de quien ántes de salir de Zaragoza, se creyó obligado á despedirse, fue el señor Arzobispo. Éralo á la sazón D. Francisco de Añoa y Busto, varón doctísimo, de santidad no comun, y muy devoto de la Compañía. Al ver el buen Prelado entrar en su habitación á José, y habiendo ya entendido del Padre Moreno á lo que iba el joven, pónese en pie, levanta sus ojos y manos al cielo y derramando copiosas lágrimas de ternura y devoción, exclama: «O amadísimo Sr. D. José, ¡qué ejemplo tan insigne! y ¡qué prenda tan segura de predilección nos da Dios llamando á V. á la Compañía de Jesús! Gracia es esta, que no solo será admirada al presente, sino todo el tiempo que dure á V. la vida, por las grandes virtudes que resplandecerán en su alma para mayor gloria de Dios, después que lo ha V. renunciado todo, honores, dignidades, regalos, riquezas, como ahora lo hace. De todo esto hubiera V. podido gozar fácilmente y por largo tiempo, y todo lo mira con desden, y lo cambia con gusto por la humildad de la vida religiosa en un instituto apostólico por sus ministerios, santo por sus constituciones y reglas, y que trabaja sin descanso por ampliar la gloria de Dios en la conversión de innumerables almas, á quienes lo da á conocer para que le sirvan y amen y con esto alcancen su salvación eterna. No dude V. que Dios le colmará en esta vida abundantemente de su gracia y de los demás dones de su Espíritu.» Todo esto dijo aquel venerable anciano, y nos dejó memoria de ello el P. Moreno¹, encargándose también el tiempo de demostrar que aquellas palabras fueron como una profecía de lo que en adelante fue el Venerable P. Pignatelli, es decir, un santo religioso y un ardiente é incansable propagador de la divina gloria.

Habiendo ya cumplido con todos sus parientes y amigos, dio el último adiós á sus hermanos, y en el colegio se despidió de

¹ P. Monzon, *Vida*, Lib. I, Cap. 2.

sus condiscípulos, de sus maestros, y finalmente de Nicolás, en cuya despedida experimentó la más fuerte de cuantas impresiones había sentido aquellos días en su corazón. Habíanse criado siempre juntos, juntos habían hecho el viaje tanto de ida como de vuelta de Italia, juntos habían pasado en su niñez cuatro años en Nápoles, y juntos habían vivido en el colegio de Zaragoza por espacio de otros cuatro años. Tan larga compañía había engendrado en el corazón de entrambos un amor muy entrañable, y á medida de este amor fue ahora la pena de la separación.

Era sin embargo forzoso el arrancarse uno de otro: pero quiso Dios que no hiciesen larga ausencia; porque en cuanto Nicolás llegó á edad competente, siguió el ejemplo de su hermano, y entró dos años después en la Compañía.

El deseo de verse ya en el noviciado le hacía á José larga toda dilación y penosa é insufrible toda tardanza. Acompañado, pues, de algunos criados, como requería su edad y su condición demandaba, salió de Zaragoza para Tarragona, lo cual en su concepto era abandonar á Egipto y pasar á la tierra de promisión que manaba leche y miel, y en donde gozaría de la verdadera libertad de los hijos de Dios.

CAPÍTULO III

Noviciado de José en Tarragona. — Primera probación. — Viste la sotana. — Emprende la mortificación de sus afectos. — Mes de hospital. — Oculta su nobleza. — Su caridad con los huéspedes. — Pide limosna por la ciudad. — Tentación de sueño. — Peregrinación á Montserrat y Manresa. — Casos notables. — Visita á Viladordis. — Vuelta á Tarragona. — Su aprovechamiento en las virtudes. — Hace los votos del bienio.

1753 — 1755

Quince años y cuatro meses contaba José cuando entró en la casa del Noviciado, que fué á los 8 de Mayo¹ de 1753. Era ya en ella conocido por las noticias que á sus connovicios había comunicado del colegial de Zaragoza su antiguo compañero José Doz. De este y de todos los novicios era esperado con vivas ansias, porque estaban deseosos de ver á aquel piadoso jóven, que con tan halagüeños colores se les había pintado; y el Maestro de Novicios² pensaba adquirir, y no se engañó, un nuevo Luis Gon-

¹ El P. Monzon, por error de pluma ó de imprenta, dice que fue el 18 de Mayo. Esto no pudo ser, porque segun el mismo biógrafo, hizo José los votos del bienio en 9 de Mayo de 1753, y hubieran sido inválidos, segun el instituto de la Compañía, por no haberse cumplido los dos años enteros de noviciado.

² El P. Monzon dice que se llamaba P. Olves; el P. Boero le da el nombre de P. Thomeo. En el catálogo de 1757 existe un P. Lorenzo Thomeo, y ningun Olves.